Antony -

ANTONY.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

en prosa,

ESCRITO EN FRANCÉS POR EL CÉLEBRE

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO

POR DON EUGENIO DE OCHOA.

«Han dicho que yo soy Childe-
»Harold... poco se me importa.»
Lord Byron.

MADRID. - Teatro del Príncipe.-19 *de Junio.*- 1836.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS:
1836.

PERSONAS.

Antony.
Eugenio de Hervilly, *jóven poeta.*
El Doctor Luis Delaunay (*Deloné*).
El Baron de Marsanne.
Federico de Lussan.
El Coronel de Hervey.
Luis, *criado de Antony.*
Un criado de Adela de Hervey.
Un criado de la Vizcondesa de Lacy.
Adela de Hervey.
La Vizcondesa de Lacy.
Madama de Camps.
Clara, *hermana de Adela.*
La Posadera.
Una doncella de Adela.



La escena es en París durante los actos 1.°, 2.°, 4.° y 5.°: el 3.° pasa en Itenheim, á dos leguas de Strasburgo.

ACTO PRIMERO.

Una habitacion en casa de Adela de Hervey.

ESCENA PRIMERA.

ADELA. CLARA. LA VIZCONDESA DE LACY *despidiéndose.*

Viz. A Dios, amiga mia; cuidarse mucho para este invierno

Ade. Mil gracias. Clara, di que arrimen el coche de la vizcondesa.

Viz. Con que lo dicho... el campo, leche de burra, paseos á caballo... esta es mi receta... A Dios, Clarita. (*Vase.*)

ESCENA II.

ADELA. CLARA.

Ade. (*Sentándose.*) Podrás decirme por qué razon habla siempre de medicina la vizcondesa?

Cla. Y podrás decirme por qué razon el año pasado no hablaba mas que de batallas?

Ade. Picarilla!

Cla. Hace un año que salió para la guerra el coronel Armando, y el doctor Luis Delaunay le ha reemplazado en su ausencia: la guerra y la medicina son primas hermanas, y ya tú sabes que la pobre vizcondesa es el reflejo exacto de la persona que tiene la dicha de caerle en gracia. Preséntese de aqui á tres meses un abogado jóven y galan, y la oire-

mos sentenciar pleitos, como antes trazaba planes de batallas y ahora prescribe métodos curativos.

Ade. Bravísimo, Clarita mia! Y quién te ha enseñado todas esas cosas?

Cla. Ya yo conocia á esta señora; y ayer ademas, mientras tú estabas fuera, vino la señora de Camps y me contó la vida y milagros de la vizcondesa.

Ade. Y me alegro mucho de no haber estado en casa cuando ella vino: la tal señora de Camps me desagrada sobremanera con sus eternas murmuraciones, y sobre todo con sus calumnias.

Cla. (*Á un criado, que entra.*) Qué hay?

Criado. Una carta.

Cla. Para mi hermana, ó para mí?

Criado. Para la señora baronesa.

Ade. Venga. Será probablemente de mi marido.

Cla. No es su letra: el sello es de París, y no de Strasburgo, donde se halla el coronel.

Ade. Dios mio! (*Mirando el sobrescrito.*)

Cla. Qué tienes?

Ade. Cuándo esperaba no volver á ver ni este sello, ni esta letra...!!

Cla. Adela, qué es eso? Tiemblas? De quién es esa carta?

Ade. De quién? Suya...!

Cla. Suya...!

Ade. Sí; esta es su divisa, que yo tambien habia adoptado: "*Adesso é sempre...*" Ahora y siempre!

Cla. De Antony?

Ade. Sí.

Cla. Sin duda te escribe á título de antiguo amigo.

Ade. Poca confianza tengo en la amistad que succede al amor.

Cla. Acuérdate de su repentina partida el dia mismo en que el coronel de Hervey pidió tu mano á nuestro padre, que sin duda le hubiera preferido, si él se hubiera presentado, antendido lo mucho que le apreciaba. Jóven, rico, amado de tí, debia esperar que sería preferido... y en vez de eso, sale repentinamente de París pidiendo quince dias de término,

que espiran sin que volvamos á oir hablar de él; y al cabo de tres años, sin saberse de dónde le trae su carácter inquieto y aventuroso, se nos aparece como llovido del cielo... Por vida mia que si esto no es una prueba de indiferencia, lo es á lo menos, y muy grande, de ligereza.

Ade. No; Antony no es indiferente ni ligero; me amaba con toda la energía de un corazon ardiente y apasionado. Si se fue, es, no lo dudes, porque se oponian á que se quedara obstáculos que no podia vencer una voluntad humana. Oh! Si como yo le hubieras seguido en medio de la sociedad, donde parecia estraño porque era superior á todos los demas; si le hubieras visto, triste y severo en medio de la turba de jóvenes elegantes y nulos... si en medio de las alegres y volubles miradas que nos rodean en un baile, hubieras visto sus ojos continuamente fijos en mi rostro, melancólicos y sombríos, hubieras conocido, como yo, que el amor que revelaban no era un amor vulgar que se deja abatir por leves dificultades... y cuando se fue, tú la primera hubieras dicho como yo que era imposible que se quedara.

Cla. Pero quién sabe si ese amor, al cabo de tres años de ausencia...

Ade. Mira cómo le temblaba la mano al escribir este sobre.

Cla. Pues digas lo que quieras, estoy segura de que vamos á hallar en él un amigo verdadero y nada mas...

Ade. Dios lo quiera. Mira... abre esta carta, porque yo no tengo valor para ello.

Cla. (*Lee.*) "Señora..." Ya lo ves... Señora.

Ade. No tiene derecho para darme otro nombre.

Cla. (*Lee.*) "Señora: Da usted permiso á un antiguo amigo, de quien ya tal vez ha olvidado usted hasta el nombre, para que vaya á ponerse á sus pies? Debiendo permenecer pocos dias en esta capital, y usando de los derechos que da una amistad de muchos años, me tomo la libertad de presentarme en su casa de usted hoy á las once de la mañana." = *Antony.*

Ade. A las once...! Y ya lo son...!

Cla. Pero qué es eso? Yo no veo en todo esto mas que una carta muy fria y muy respetuosa...

Ade. Y esta divisa?

Cla. Tal vez sería la suya desde antes que te conociera. Cuidado que no te falta tu poquito de amor propio... Quién te ha dicho que te ama todavía...?

Ade. Mi corazon me lo dice.

Cla. Cuando anuncia que se vuelve á poner en camino...

Ade. No lo creas, Clara, no lo creas... si me vuelve á ver, no se irá: nos quisimos mucho para volver á vernos con indiferencia. No... yo no he de volver á verle... Mira, hermana, amiga mia, tú eres la única depositaria de los secretos de mi corazon, y nunca te engañaré; aunque estoy persuadida de que ya no le amo, de que el amor que profeso á Hervey, á mi marido, ha reemplazado el que le tenia á él... con todo, no me conviene volverle á ver... Quién sabe? Si me habla, si me mira... hay una dulzura en sus palabras, una fascinacion en sus ojos...! No, yo no he de volverle á ver... Tú ibas á salir; pues bien, yo saldré en tu lugar, y tú le recibirás. Dile que conservo hácia él todo el cariño de una buena amiga. Que si el coronel Hervey no estuviera ausente, tendriamos tanto él como yo una verdadera satisfaccion en recibirle... Pero que no estando aqui mi marido... ya puede conocer que despues de lo que ha pasado entre nosotros... En fin, que le suplico que no vuelva á verme... que se vaya... y que el cariño de una buena amiga le acompañará hasta la muerte. Dile que si él no se va me iré yo... le enseñarás mi hija; le dirás que la amo con la mayor ternura; que ella es mi alegría, mi consuelo, mi vida... te preguntará si hemos hablado de él alguna vez, y le dirás que sí... alguna vez... Porque sino podria creer que le amo todavía, y que temo acordarme de él.

Cla. Bueno, bueno. Te prometo conseguir que se ausente antes de haberte visto.

Sale un criado. El coche está á la puerta.

Ade. Está bien. A Dios, Clarita... sé amable con Antony... dulcifica con palabras cariñosas el sacrificio que exijo de él; y si llora... no me lo digas... á Dios; no olvides lo que te tengo dicho. (*Vase.*)

Cla. No, no tengas cuidado. Pobre Adela! Bien conocia yo que no era feliz... pero hace mal en inquietarse por lo que dice esta carta... con todo... mejor es que no se vean. (*Se asoma al balcon, y habla con Adela.*) Cuidado, Adela, con esos caballos. A qué hora volverás?

Ade. (*Desde abajo.*) Para la hora de comer.

Cla. Bueno: á Dios. (*A un criado, que entra.*) Dirá usted á cuantos vengan á verme que no estoy en casa, escepto á Mr. Antony. Está usted...? Pero qué ruido es ese?

Se oye en la calle. Detenerlos, detenerlos..!

Cla. (*Al balcon.*) Dios mio! Que se desbocan esos caballos... Detenerlos, por amor de Dios.. Adela...!!

Un criado, que entra. No tenga usted cuidado, señora; ya no hay el menor peligro. Un jóven se ha puesto delante de los caballos, y ha conseguido detenerlos.

Cla. Gracias á Dios...!

Se oye ruido en la calle, y tambien las siguintes voces. "Está muerto." "No." "Herido." "A dónde se le lleva?"

Ade. A mi casa, á mi casa.

Cla. Está es la voz de mi hermana... Adela! Apenas puedo tenerme en pie.

Ade. (*Entra muy pálida.*) No es nada, Clara; no tengas cuidado por mí. (*A un criado.*) Que vayan corriendo á buscar un médico... Mr. Delaunay es el que está mas cerca... Ó sino... será mejor que se pasen antes por casa de la vizcondesa de Lacy, donde estará sin duda... que hagan entrar al herido en la portería... Pronto, pronto. (*Vase el criado.*) Clara...! El es... Antony!

Cla. Antony...! Dios mio!

Ade. Y quién sino él se hubiera atrevido á ponerse delante de unos caballos desbocados?

Cla. Pero cómo?

Ade. Infeliz...! Al venir á verme...! Se habrá matado!

Cla. Pero sabes de cierto que era él?

Ade. Ojalá no lo supiera...! Le he visto debajo de los caballos... Pobre Antony! Mira, Clara, vé á verle... ó sino envia á una criada, y dila que me traiga todos los papeles que le encuentren, porque quién sabe...? Sino fuera él...? y luego... está desmayado... acaso muerto... Dios mio! vé, corre y tráeme noticias de su salud. (*Vase Clara.*) De su salud...! cuando yo misma deberia ir á buscarle! cuando deberia yo estar á su lado para leer en los ojos del médico su vida ó su muerte! Su corazon deberia empezar á latir bajo mi mano; mis ojos deberian ser los primeros que encontraran los suyos al abrirse. Infeliz! Por mí, por salvarme la vida... Pero nadie viene á decirme si es muerto ó vivo? (*Sale un criado, y la entrega una cartera.*) Venga... Ha vuelto en sí?

Criado. No señora; pero acaba de llegar el médico, y está con él.

Ade. Bien; dígale usted que suba apenas haya acabado de informarse por sí mismo de cómo va el herido. (*Vase el criado.*) Pero sino fuera él... (*Abriendo lentamente la cartera.*) Cielos... mi retrato! Si hubiera caido esta cartera en otras manos... Pobre Antony! mi retrato hecho por él mismo y de memoria... Ah! ya no soy tan hermosa como antes... ni tan feliz... (*Continúa registrando la cartera.*) Una carta mia! La única que le he escrito: (*Lee.*) en ella le decia que le amaba... Imprudente! Debo quedarme con ella...! y por qué? es la única que tiene; la única prenda que le queda de nuestros amores: tal vez la lee continuamente y le consuela en sus penas; tal vez es el único tesoro de su alma... Desgraciado! y yo sería quien le privara de él! Oh, no! cuando vuelva en sí, aliviado algun tanto de las heridas que ha recibido por causa mia, llevará la mano á su pecho para buscar esta carta y no la hallará, porque yo se la habré quitado...!! No, no; que la conserve... yo tambien conservo las suyas. Aqui está tambien su puñal, que tanto me horrorizaba al vérselo llevar

siempre consigo, ignorando que su pomo le servia de sello y de divisa: *Adesso é sempre...* Infeliz! Ideas de amor y de muerte siempre unidas en su imaginacion...! Pero nadie viene á decirme en qué estado se halla... tendré que ir yo misma... Ah! señor doctor, venga usted, venga usted acá... cómo está?

ESCENA III.

ADELA. DELAUNAY.

Del. Tranquilícese usted, señora; el accidente, aunque grave, no es peligroso.

Ade. No?

Del. Yo respondo del herido... no se fia usted de mí! Pero el susto que usted ha recibido... la zozobra...

Ade. Ha vuelto ya en sí?

Del. Todavía no. Pero usted debe sentirse...

Ade. Y por qué le ha dejado usted solo?

Del. No, no está solo: uno de mis amigos ha quedado con él. Me habian dicho que usted deseaba tener noticias ciertas, y he creido ademas que acaso usted misma tendria necesidad para sí de mis auxilios.

Ade. Mil gracias... No, no... Pero qué tiene, en fin? Qué le ha dado usted?

Del. No le causan á usted miedo los términos científicos?

Ade. No señor, no, con tal que yo sepa... ya usted ve... me ha salvado la vida... no hay cosa mas natural que el que yo me interese...

Del. En efecto. La lanza del coche al herirle produjo en el lado derecho del pecho una fuerte contusion, de cuyo dolor se originó un desmayo, para lo cual he aplicado inmediatamente una copiosa sangría, y espero ahora que el reposo y la tranquilidad acabarán de restablecerlo del todo; pero como no podia quedarse alli en el zaguan rodeado de tanta gente, he dado orden en nombre de usted para que le suban aqui.

Ade. Aquí...! Pues estaba demasiado débil para que le trasportaran á su casa?

Del. No habria en eso el mayor inconveniente, á menos que no se descompusieran las vendas que le he puesto en la herida; pero he creido que acaso tendria usted una satisfaccion en manifestarle de viva voz la mucha gratitud que le debe.

Ade. Seguramente... (Dios mio! si comete alguna imprudencia...!) Sí, sí, ha hecho usted bien; pero es menester que esté solo... enteramente solo cuando vuelva en sí. Usted mismo pasará á otra pieza, porque la vista de una persona desconocida...

Del. Sin embargo...

Ade. Usted ha dicho que la menor emocion podia serle funesta... ó á lo menos yo he creido oirlo.

Del. Sí señora, lo he dicho... pero esta precaucion no se estiende hasta mí, que soy su médico.

Ade. Aqui viene... diga usted que es menester que se quede solo... que usted manda que nadie quede á su lado. (*Entra Clara con algunos criados, que traen á Antony desmayado.*) Pónganle ustedes en ese sofá. Clara, el señor dice que es menester dejar solo al enfermo... salgamos todos... ya usted ve que soy la primera en dar ejemplo... Clara, acompañarás al señor Delaunay; yo voy á tomar algunas disposiciones. (*Vase Adela*)

Del. Estaba mirando... creo que ya pronto volverá en sí... soy con usted. (*Vanse.*)

(*Antony queda solo algunos instantes; ábrese luego una puertecilla, y entra Adela lentamente.*)

Ade. Ya está solo en fin... Pobre Antony...! El cielo ha dispuesto que vuelva á verle en esta triste situacion. La última vez que le vi, tambien estaba aqui á mi lado, pero lleno de vida y de pasion... calculando para entrambos un mismo porvenir. "Quince dias de ausencia, decia, y despues viviremos unidos hasta la hora de la muerte..." Desgraciado! Con cuánta ternura estrechaba mi mano sobre su corazon...! "Mira cómo palpita, decia, de amor y de esperanza...!" Y ahora, al cabo de tres años... tambien es-

tá aqui junto á mí; pero su corazon late apenas, y nuestro amor es un crímen... Pobre Antony! (*Deja caer la cabeza entre las manos, y él la mira estático.*)

Ant. Adela!

Ade. Ah!

Ant. Adela! (*Haciendo un movimiento para incorporarse.*)

Ade. Esté usted quieto, por Dios; está usted herido, y el menor movimiento, la menor tentativa...

Ant. Sí, lo sé... al volver en mí... al hallarte á mi lado... Adela! tres años de ausencia...

Ade. Oh! silencio, por amor de Dios!

Ant. Sí, ahora me acuerdo... me parece que te he visto pálida, horrorizada... he visto un coche... caballos... me he precipitado hácia ellos... y luego todo ha desaparecido en una nube de sangre, y he creido morir!

Ade. La herida de usted no es peligrosa, y espero que pronto...

Ant. Usted! Infeliz de mí! Adela, esposa de Hervey... Dios mio!

Ade. Voy á llamar al médico, Antony!

Ant. Sí, ese es mi nombre, siempre el mismo... pero el tuyo... Adela de Hervey!

Ade. Antony!

Ant. Oh! Llámame siempre asi, y lo olvidaré todo. Te acuerdas? oh! no te vayas, por amor de Dios. Ven, ven, nada temas; ya no te tutearé como antes. Hermosa! hermosa como en otro tiempo, como si solo para tí fuese la vida una serie de felicidades... Es usted feliz, señora?

Ade. Feliz...!

Ant. Y por qué no? Yo tambien soy feliz...

Ade. Usted...!

Ant. Sí, feliz. Dudar, esta es la verdadera desgracia... pero cuando ya no hay nada que esperar en esta vida, cuando todas las ilusiones de felicidad han desaparecido como un sueño, entonces... se cicatrizan todas las heridas del corazon, y el alma se ador-

mece en su dolor... tambien la desesperacion tiene sus momentos de calma, que á los ojos del hombre feliz pasa por un estado de felicidad... Y luego... felicidad, infortunio, desesperacion, qué son sino palabras vanas de sentido, sino un conjunto de letras que representan una idea en nuestra imaginacion, y solo en ella... que el tiempo destruye y vuelve á formar para destruirlas de nuevo...? Quién, mirándome sonreirte como te sonrío en este momento, podria decir que Antony no es feliz?

Ade. Déjeme usted.

Ant. (*Siguiendo el hilo de sus ideas.*) Y estos son los hombres...! Si ahora, desgarrada el alma como la tengo con un agudo dolor, saliera yo á la calle y cayera en medio de una plaza, descubriendo á sus ojos ávidos de curiosidad las heridas de mi pecho y las cicatrices de mi brazo... Infeliz! dirian, cuánto sufre! porque en esto, para sus ojos vulgares, todo es visible, sangre, heridas... y se acercarian á mí compadecidos de un dolor que ellos acaso pueden padecer mañana, y me prestarian auxilios y consuelos... Pero si desvanecidas las mas dulces esperanzas de mi vida, agoviada el alma bajo el peso del infortunio, y herido el corazon en su parte mas sensible, me presento á ellos, diciendo: "Compasion, compasion para mí, porque sufro y soy desgraciado," responderán que soy un loco, un insensato... y se irán riéndose de mí. (*Durante este tiempo la ha tomado Antony entrambas manos.*)

Ade. Basta...

Ant. Por eso ha querido Dios que el hombre no pueda ocultar bajo sus vestidos la sangre de sus heridas; pero ha querido que oculte las llagas de su alma bajo una fingida sonrisa. (*Separándola las manos.*) Mírame bien, Adela; verdad que somos muy felices?

Ade. Oh! Serénese usted para que se le pueda trasportar á su casa.

Ant. Trasportarme á mi casa! Ah, sí; ya me acuerdo... Infeliz!

Ade. Puesto que ya su estado de usted no ofrece inquietud, segun asegura el médico, no puede usted quedarse aqui: todos mis conocidos saben que nos hemos amado...

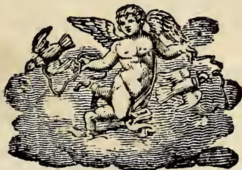
Ant. Sí, tiene usted razon: acaso viéndome moribundo la perdonarian á usted mi permanencia en esta casa, y solo en las convulsiones de la agonía podré estrechar su mano de usted entre las mias. Adela! Adela!

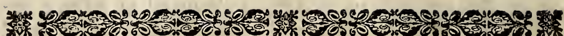
Ade. Si hubiera el menor peligro, si el médico no respondiera de usted, aventuraria gustosa mi propia reputacion, que ya pertenece á mi marido, y se quedaria usted aqui... porque entonces tendria una escusa á los ojos del mundo; pero no habiéndola...

Ant. (*Desgarrando las vendas.*) No es menester mas que una escusa?

Ade. Qué hace usted? Dios mio! (*Tira de una campanilla.*) Socorro socorro, que se muere!

Ant. Ahora podré quedarme, no es verdad? (*Cae desmayado sobre la almohada.*)





ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, *la cabeza apoyada entre las manos.* CLARA.

Cla. Adela...?

Ade. Qué quieres...?

Cla. Acabo de ver á Antony...

Ade. Antony...! siempre Antony... pues bien, qué me quiere?

Cla. Quiere irse hoy.

Ade. Está del todo restablecido...?

Cla. Sí; pero está tan triste...

Ade. Dios mio...!

Cla. Tú, Adela, no te has portado bien con él. Cinco dias hace que te ha salvado la vida, y en todo este tiempo apenas has pasado una ó dos veces á su cuarto, y eso siempre acompañada del médico... Ya se ve... acaso tendrás tus razones... acaso te imponen ese deber tus títulos de esposa y madre... Pero ese infeliz sufre mucho, Adela, y tiene derecho para quejarse... una persona indiferente, un desconocido, hubiera obtenido de tí mas atenciones, mas cuidados; eso no es justo... Y sobre todo, no puede esa conducta de parte tuya hacerle sospechar que todavía le temes...?

Ade. Volverle á ver! Dios mio! Y qué necesidad hay de volverle á ver...? Oh! uno y otro me perdereis, y entonces tú tambien me dirás: "Para qué le volviste á ver?" Clara, á tí que eres feliz al lado de un marido que te ama, y con quien te casaste enamora-

da, que temias separarte de él quince dias para venir á pasarlos conmigo, nada tiene de estraño que te parezcan exagerados mis temores... Pero yo, sola con mi hija, aislada con mis recuerdos, entre los cuales hay uno que me persigue como un espectro... Oh! tú no sabes lo que es haber amado y pertenecer á otro! Si vieras! En todas partes me parece que le encuentro... triste, pálido, mirándome con ternura... Procuro disipar esta vision, y entonces oigo una voz que resuena en mis oidos, y esta voz es la suya. A veces, de dia, de noche, en todas partes, aun estando junto á la cuna de mi hija... mi corazon palpita, y no me atrevo á volver la cara temerosa de hallarle en frente de mí... Y sin embargo, el cielo sabe que este recuerdo es la única mancha que pesa sobre mi conciencia... Hermana mia! cuando él estaba ausente, esta era mi vida: siempre su imagen estaba delante de mí para impedirme gozar algun descanso... y ahora, que su presencia no será ya una ilusion para mí... que será en efecto su voz la que llegue á mis oidos... oh Clara! libértame, libértame por Dios de él y de mí misma... Antony labrará algun dia mi perdicion...!

Cla. Escúchame, y todos tus temores se desvanecerán al instante. Está resuelto á salir de París; pero antes de hacerlo quiere hablar contigo una vez para confiarte un secreto de que depende la felicidad de su vida; y luego me ha jurado que se irá para siempre.

Ade. No, no lo creas. Mira, Clara, quien debe irse no es él, sino yo; mi deber es estar al lado de mi marido, que es mi protector natural, que me defenderá de Antony y de mí misma. Me arrojaré á sus pies, y le diré: "Antes de haber jurado ser tuya para siempre, un hombre me amaba y ahora me persigue... pero yo ya no me pertenezco á mí misma; y como no soy mas que una débil muger que no tendria fuerzas acaso para resistir á la seduccion, vengo á exigir de tí que me defiendas y me protejas."

Cla. Estás en tí? Y qué dirá tu marido? Te parece que

se hará cargo de tus temores exagerados? Qué aventuras en quedarte algun tiempo mas? Y si luego...

Ade. Y si luego no tengo valor para separarme de él? Si cuando quiera recurrir á mi resolucion no encuentro mas que amor en mi alma! No, no; la pasion y sus sofismas estinguirán lo que me quede de razon, y luego... Mira, Clara, mi resolucion está ya tomada; es la única que puede salvarme; hazme el favor de empezar á disponer todo lo necesario para este viaje.

Cla. Bien; una vez que estás decidida, déjame ir contigo; no quiero que vayas sola.

Ade. No; tú quedarás al lado de mi hija, porque sería una imprudencia esponer á una criatura tan tierna á las fatigas de un largo viaje: tú la servirás de madre durante mi ausencia. Vamos... ahora son las nueve y media... dispon que á las once en punto esté preparado mi carruage y todo lo necesario para el camino... y sobre todo te encargo el mayor sigilo... Ahora ya puede venir cuando quiera, porque ya no le temo. Clara, hermana mia, qué me dices? No es verdad que tengo razon en hacer lo que hago?

Cla. Me parece que sí.

Ade. Bueno: ahora déjame sola; vete á preparar lo necesario para el viaje, y en dando las once ven aqui; pero no hagas la menor señal ni digas una sola palabra que pueda hacerle sospechar de lo que se trata... tú no le conoces como yo. Tu venida me indicará que ya está todo pronto.

Cla. Bueno, bueno.

Ade. Á las once en punto.

Cla. Á las once.

Ade. Ahora voy á escribirle una carta, que tú le entregarás luego que me haya puesto en camino.

ESCENA II.

ADELA, *escribiendo.*

"Muy señor mio: la obstinacion con que usted ha

dado en perseguirme, y la circunstancia de hallarse ausente mi marido, me obligan á salir de París inmediatamente; pero lo hago conservando hácia usted los únicos sentimientos que no pueden destruir ni el tiempo ni la ausencia, esto es, los de una verdadera amistad." = *Adela de Hervey.*

Dios mio! Ojalá sea este el último sacrificio! Ahora me siento con fuerzas para hacerlo; pero quién sabe si algun dia...!

Un criado. El caballero Antony.

Ade. (*Cerrando la carta y guardándola en el pecho.*) Espere usted... que pase adelante.

ESCENA III.

ADELA. ANTONY.

Ade. Como usted deseaba verme antes de separarnos para siempre, no he creido deber rehusar esta satisfaccion al hombre sin cuyo auxilio nunca hubiera vuelto á ver á mi hija ni á mi marido.

Ant. Sí señora; ya sé que para ellos solos he conservado su vida de usted... pero lo que yo he hecho no merece seguramente ninguna gratitud. Cualquiera lo hubiera hecho en mi lugar... ó sino... el cochero hubiera detenido los caballos... ó tal vez ellos solos se hubieran detenido. La lanza hubiera tropezado contra una pared como tropezó contra mi pecho, y el efecto hubiera sido el mismo; qué importan las causas? A la casualidad, solo á la casualidad debe usted acusar ó estar agradecida de lo que ha pasado.

Ade. A la casualidad? Y por qué me quita usted el consuelo de estarle agradecida? Acaso por generosidad?

Ant. No, Adela, no; sino porque la casualidad parece haber sido toda mi vida el móvil de mi suerte. Si usted supiera de qué causas tan leves proceden á veces los sucesos mas importantes de la vida...! Un jóven, á quien nunca he vuelto á ver despues, me presentó en su casa de usted, y fui á ella... qué sé yo

por qué? Paseándome á caballo en el bosque de Bolonia, me encontré con ese jóven, á quien nunca habia visto; llegó entonces un amigo de entrambos y nos hizo trabar conocimiento. Pero si este jóven no hubiera pasado por alli, ó si mi caballo hubiera tomado otra senda... entonces acaso nunca la hubiera conocido á usted, y los sucesos que han amargado mi vida de tres años á esta parte hubieran sido reemplazados por otros sucesos. Si hace cinco dias no hubiera yo venido á visitar á usted, no me hubiera arrojado delante de los caballos, y en este instante, no habiéndome conocido nunca, ni aun siquiera me miraria usted con el sentimiento de la gratitud... usted me sería indiferente... Qué nombre daremos á esta infinidad de incidentes insignificantes, que juntos componen una existencia de dolor ó de alegría, y que no merecen aislados ni una lágrima ni una sonrisa?

Ade. Pero no admite usted que existen ciertas previsiones del alma ó presentimientos...?

Ant. Presentimientos...! No le ha sucedido á usted nunca recibir de repente la noticia de que ha muerto una persona querida, y decirse á sí misma: "Qué hacia yo cuando murió esta parte de mi alma...? Estaba tal vez vistiéndome para ir á un baile, ó divirtiéndome en una fiesta."

Ade. Sí; por eso el hombre al crear la palabra "*á Dios*" para despedirse de un amigo, tuvo presente la debilidad de su naturaleza, y dijo: "Ya no estoy yo al lado de mi amigo para velar sobre él, pero le recomiendo á Dios, que vela sobre todos los hombres." Estos pensamientos á lo menos despierta en mí la palabra *á Dios* cada vez que la pronuncio.

Ant. Pues bien, si una sola palabra, una sola... despierta en usted tantos pensamientos diversos... cuando en otro tiempo oía usted pronunciar el nombre de Antony... mi nombre aislado, en medio de nombres ilustres, nobles y conocidos... este nombre de Antony no le inspiraba á usted hácia el que le tenia una especie de compasion, como si fuera el de

un hombre separado del mundo...? No se ha dicho usted á sí misma algunas veces que este nombre no podia ser el de mi padre, el de toda mi familia? No ha deseado usted saber cuál era mi familia, quién era mi padre...?

Ade. No, nunca: creía que habia usted perdido á su padre en la niñez, y le compadecia. No conocia de su familia de usted mas que á usted solo: cuando decia Antony, usted me respondia, y no necesitaba saber mas.

Ant. Y cuando al tender la vista sobre la sociedad veía usted á todos los hombres recurrir á esta ó á la otra industria para ganar su vida, y los veía usted *dar* para adquirir el derecho de *recibir*, no le ha estrañado á usted que yo solo, solo en medio de los demas, no tuviese ni rango que me dispensase de una profesion, ni profesion que me dispensase de un rango?

Ade. No; usted me parecia digno de todos los rangos, y capaz de desempeñar cualquiera profesion... capaz de todo en este mundo.

Ant. Sin embargo, Adela, la casualidad, aun antes de mi nacimiento, aun antes de que yo pudiese hacer nada, en pro ó en contra de mí, habia destruido ya la posibilidad de que yo pudiese ser algo en este mundo; y desde el dia en que empecé á conocerme, cuanto para los otros era real y positivo, no era para mí mas que ilusion y desventura. Estrangero en este mundo, he tenido que crearme un mundo aparte para mí solo... y en él necesito emociones diferentes de las que agitan á los otros hombres, necesito otros placeres, otros dolores... y tal vez otros crímenes.

Ade. Por qué...? Por qué...?

Ant. Por qué? Quiere usted saberlo...? Y si luego usted como los demas... pero no, Adela... usted no es como ellos. Adela, ah...!

Ade. Que llaman, silencio...! no se vaya usted ahora... mañana acaso sería ya tarde.

Ant. Maldicion sobre la sociedad, que hasta en este asilo viene á turbar mi dicha...!

Un criado. La señora vizcondesa de Lacy. El caballero Delaunay.

Ade. Que pasen adelante. Serénese usted, por Dios, que no noten nada.

Ant. Que me serene! ya lo estoy. Les hablaré de modas, de la ópera nueva... cosas todas ellas que me interesan mucho.

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES. LA VIZCONDESA. DELAUNAY.

Viz. Buenos dias, Adelita; no he venido á verte estos dias, porque me habian dicho que estabas indispuesta, y que no recibias. Dios mio! todavía me tiemblan las carnes... sobre que has corrido un verdadero peligro...!

Ade. Y á no ser por el valor del señor...

Viz. El dichoso libertador... ya sabe usted que somos antiguos conocidos; tuve el gusto de ver á usted en casa de Adelita antes de su boda, y de todos modos, como amiga suya, cuente usted eternamente con mi sincero reconocimiento. Pero sabe usted, doctor, que el señor está ya casi restablecido del todo... algo pálido... pero el movimiento del pulso va bien... cierto que estoy por envidiarle á usted la curacion que ha efectuado en tan poco tiempo.

Ade. Por eso el señor venia á despedirse de mí.

Viz. Piensa usted continuar sus viajes?

Ant. Sí señora.

Viz. Y ahora va usted...?

Ant. Ni yo mismo lo sé; guárdeme el cielo de determinar un plan de antemano; prefiero, cuando es posible, dejar á la casualidad el cuidado de pensar por mí. Un capricho, la menor cosa me decide; y con tal que mude de sitio, que vea caras nuevas, que la rapidez de mi carrera me quite la fatiga de amar ó de aborrecer; con tal que ningun corazon se regocije cuando llego, ni se rompa ningun vínculo

cuando me voy, ando como los demas, y como ellos es probable que al cabo de un cierto número de años llegue yo tambien al término de mi viaje, ignorando si la vida es una creacion sublime ó un sueño fantástico.

Del. Pero qué dice su familia de usted de esos contínuos viajes?

Ant. Mi familia! Ah, sí... mi familia está ya acostumbrada á ellos... No es verdad, señora, usted que conoce á mi familia?

Viz. Pero aqui para entre nosotros... supongo que no serás tú la que exige que se vaya? (*Á Adela.*) El método patológico pruduce siempre una gran debilidad en la máquina, acompañada de algunos otros síntomas... es esponerse demasiado. Ya sé todo lo que pasa; me han dicho que no has querido recibirle durante todo el tiempo de su convalecencia... á causa de antiguos amores...

Ade. Silencio, por Dios...!

Viz. No hay cuidado... ni siquiera piensan en nosotras. De literatura estan hablando... yo por mi parte aborrezco la literatura.

Ade. (*Esforzándose por parecer alegre.*) Y dígame usted, señora mia, por qué ha pasado usted esta mañana por delante de mi casa sin subir á verme?

Viz. Porque iba muy de prisa; como sabes que soy dama de caridad, iba á visitar el hospicio de niños expósitos... pero si me hubiera acordado, hubiera subido á buscarte, y te hubieras divertido un momento.

Ant. Y yo hubiera suplicado á ustedes que me permitieran acompañarlas, deseoso de estudiar la impresion que produce la vista de esos infelices en el pecho de los que van á visitarlos.

Viz. Oh! Si viera usted! Da compasion el verlos... Pobrecillos! Por lo demas estan muy bien tratados, muy bien, como otros chicos cualesquiera.

Ant. Cómo otros chicos cualesquiera...!!!

Ade. No sé cómo hay madres capaces...

Ant. Las hay, señora; yo puedo decirlo.

Ade. Usted...

Viz. Ademas de eso, sucede de cuando en cuando que algunas señoras ricas y sin hijos van alli y escogen uno para ellas...

Ant. Sí; es un mercado como otro cualquiera.

Ade. Si el cielo me hubiera rehusado la dicha de tener hijos, hubiera ido alli á adoptar por hijo uno de esos pobres huérfanos.

Ant. Huérfanos...!

Viz. Pues mira, yo no apruebo eso. Alli pasan la vida con gentes de su especie.

Ade. Oh! No hables asi de esos infelices, por Dios!

Ant. Pero déjela usted, señora; tiene la vizcondesa mucha razon. Siga usted, siga usted... no es verdad que alli pasan la vida con *gentes de su especie*, y que esta señora hubiera hecho muy mal en hacer lo que dice?

Viz. A lo menos asi lo creo. La adopcion no le hubiera hecho nunca olvidar su verdadero nacimiento, y por buena educacion que se le hubiera dado, en caso de ser muchacho, era imposible hacerle obtener destino, ni estado, ni cosa ninguna.

Ant. En efecto; de qué ha de ser capaz un...?

Viz. Si fuera niña, quién se habia de casar con ella?

Ant. Cierto; quién se habia de casar con una...? Yo ú otro asi que desprecia las preocupaciones... Con que ya lo ve usted, señora: ya está pronunciado el anatema; es menester que el que nació desgraciado, muera desgraciado... parece que Dios no tiene para él una sola mirada de compasion, y los hombres mucho menos... No tener nombre...!! Sabe usted que este es un crímen imperdonable...? Usted acaso le hubiera dado el suyo, y por mas honroso que este sea, nunca hubiera podido reemplazar el de su padre... y arrancándole á su oscuridad y á su miseria, todavía no hubiera usted podido darle lo que le quitaba...!

Ade. Ah! Si yo conociese á uno de estos desgraciados, me empeñaria á fuerza de cuidados, de atenciones y cariño, en hacerle olvidar lo penoso de su situacion... porque ahora la comprendo...!

Viz. Lo que es eso, yo tambien.

Ant. Usted tambien, señora...? Y si uno de esos desgraciados tuviese la audacia de amarla...?

Ade. Si yo fuera libre...

Ant. No, no es á usted á quien la pregunto, sino á la señora.

Viz. Le daria á entender que su posicion en la sociedad...

Ant. Pero en fin... si la olvidara?

Viz. Y cuál es la muger que consentiria en amar...

Ant. Con que en ese caso no queda mas que... el suicidio?

Viz. Pero qué es eso? con qué calor lo toma usted...!

Ant. Yo no... tengo calentura.

Viz. Vaya, vaya; déjese usted de esos accesos de misantropía... no le parezca á usted que he olvidado su odio al género humano.

Ant. Sí; y ya en efecto me voy corrigiendo, porque si antes le aborrecia, ahora que le conozco mejor, que le he tratado mas... ahora le desprecio. Y para servirme de un término de la profesion que usted prefiere, tengo ahora una enfermedad crónica que era antes aguda.

Ade. Pero con semejantes ideas usted no cree en la amistad ni...

Viz. Ni en el amor.

Ant. En el amor, sí; en la amistad, no. Este es un sentimiento bastardo, de que no tiene necesidad alguna la naturaleza; una convencion social que ha adoptado el alma por egoismo, sujeta al entendimiento, y no al corazon, y que destruye y disipa en un momento la mirada de una muger, ó la sonrisa de un príncipe.

Ade. Usted cree eso?

Ant. Sí, lo creo; el amor y la ambicion son dos pasiones; la amistad no es mas que un sentimiento.

Viz. Y segun eso, cuántas veces ha amado usted?

Ant. Pregunte usted á un cadáver cuántas veces ha vivido.

Viz. Vamos, vamos; ya veo que ando indiscreta.

Cuando me conozca usted mejor me confiará sus secretillos... Doy de cuando en cuando algunos bailes, y aun hay quien dice que no son del todo fastidiosos... Verdad?

Del. En efecto...

Viz. Con que si se queda usted en París, el doctor le presentará á usted en mi casa... ó sino, vaya usted solo. Escuso decir á usted que si tiene aqui á su madre, ó á su hermana, tendré la mayor satisfaccion en recibirlas... A Dios, Adelita, á Dios... Doctor, haga usted que arrimen el coche, no tenga luego que esperar... Con que... Está mucho mejor que cuando le conocí la primera vez, (*A Adela...*) mucho mas alegre... Hará reir á un muerto... A Dios, á Dios. (*Vase.*)

ESCENA V.

ADELA. ANTONY.

Ant. Maldicion...!

Ade. Antony!

Ant. Quiere usted que la confie ahora mi secreto...?

Ade. Oh! ahora ya lo sé... si viera usted cuánto me ha hecho sufrir esa muger!

Ant. Sufrir! Bah! Mal hecho: preocupacion. Sobre que empiezo á hallarme bastante ridículo...

Ade. Usted...!

Ant. Sí, yo. Cuando podia pasar la vida con *gentes de mi especie*, haber tenido la impudencia de creer que con un alma que siente, una cabeza que piensa, un corazon que palpita, habia lo suficiente para reclamar el rango de hombre en la sociedad! Error! Locura!

Ade. Sí; ahora comprendo lo que hasta aqui me habia parecido un misterio impenetrable: su carácter sombrío de usted... todo, todo... hasta aquella fatal partida que no sabia á qué atribuir. Pobre Antony!

Ant. (*Abatido.*) Sí, pobre Antony...! Ah! Si usted su-

piera cuánto sufrí viéndome precisado á ausentarme...! El amor me habia hecho olvidar mi desventura; los dias, los meses se deslizaban como instantes, como sueños de felicidad; y lo olvidaba todo al lado de usted. Entonces se presentó un hombre, y tuve que volver en mí; ofreció á usted un nombre, un rango en el mundo; y entonces me acordé con amargura de que yo no tenia nombre ni rango que ofrecer á la que amaba mas que á mi vida.

Ade. Y por qué entonces no declaró usted todo eso?

Ant. Por qué? Acaso usted, que en aquella epoca creía amarme, hubiera olvidado un instante quién era yo, para luego tal vez echármelo en cara! Pero á su padre de usted era menester ofrecerle un nombre, un rango; y era imposible que desechara una alianza honrosa con el baron de Hervey por la que yo podia ofrecerle. Entonces pedí á usted quince dias de término, porque aun me quedaba una esperanza. Hay un hombre encargado, no sé por quién, de darme en ciertas épocas lo necesario para vivir durante un año. Fui á buscarle, me arrojé á sus pies con lágrimas en los ojos, suplicándole por lo mas sagrado que existe entre los hombres, que me declarase quiénes eran mis padres... Oh! Maldicion sobre él y sobre su madre...! Sordo á mis súplicas, no quiso declarármelo, y huí ciego de amor y de desesperacion.

Ade. Infeliz!

Ant. Todos los hombres, cuando un suceso cualquiera desgarra su corazon, tienen al menos un hermano, una madre, cuyos brazos se abren para que venga á llorar en ellos. Y yo, ni aun tengo siquiera la losa de un sepulcro donde pueda leer un nombre y derramar lágrimas...!!

Ade. Serénese usted, por amor de Dios.

Ant. Todos los hombres tienen una patria: yo solo no tengo patria. Porque qué es esta sino el suelo donde uno nace y su familia y sus amigos? Yo, ni aun sé en qué lugar de la tierra empecé á existir: ni tengo familia, ni patria. Su nombre de usted era el único

vínculo que me enlazaba al mundo, y usted me prohibe pronunciarlo...!

Ade. El mundo tiene sus leyes, Antony, y la sociedad sus exijencias: llámense deberes ó preocupaciones, los hombres las han establecido, y aun cuando yo quisiera substraerme á ellas, me sería imposible dejar de aceptarlas.

Ant. Y yo por qué he de aceptarlas? No hay un solo hombre en la tierra que pueda blasonar de haberme consolado en un momento de afliccion, ni menos de haberme procurado una alegría. De ellos solo he recibido injusticia, y solo les debo aborrecimiento. Ah...! Si un solo hombre me obligara á amarle, creo que desde aquel momento me odiaria á mí mismo. Sí; aquellos á quienes he confiado el secreto de mi nacimiento, han dicho: "Que la culpa de tu madre caiga sobre tu cabeza!" Y nos han despreciado á mí y á mi madre. Infeliz! Aquellos á quienes se la he ocultado han calumniado mi vida, diciendo: "Vergüenza sobre tí, que no puedes declarar á la faz del mundo de dónde te viene el pan de tu sustento!" Y todos han huido de mí. En vano he querido con mi educacion vencer las preocupaciones: idiomas, bellas artes, ciencias, todo lo he estudiado, todo lo he aprendido. Insensato de mí, que me esforzaba en ensanchar mi corazon y mi mente para dar mas cabida á la desesperacion...! La mancha de mi nacimiento hizo inútiles todos mis dones naturales y ciencias adquiridas; las profesiones abiertas aun á los hombres mas medianos, se cerraron para mí; era menester dar mi nombre, y yo no le tenia. Oh! Si al menos hubiera nacido pobre y confundido entre la plebe, no me hubieran perseguido las preocupaciones, que disminuyen á proporcion que se acercan mas á la tierra, hasta que al fin desaparecen en el polvo de los sepulcros.

Ade. Sí! tiene usted razon; laméntese usted conmigo, porque yo al menos comprendo su desventura.

Ant. Víla á usted, y la amé; el sueño del amor succedió al del saber y al de la ambicion; entonces, por de-

cirlo asi, empecé una nueva existencia llena de esperanza y dulzura, y olvidé mi suerte y fui feliz. Oh! á tí, á tí sola, angel de mi vida, he debido esta centella de felicidad! Sin tí, siempre hubiera sido desgraciado...! Entonces fue cuando el coronel Hervey... Maldicion...! Oh Adela...! Si supiera usted cuán malos hace á los hombres un injusto y contínuo padecer! Cuántas veces, pensando en ese hombre, me he sorprendido la mano sobre este puñal y me he imaginado ver presentes un hombre asesinado y... un cadalso...!

Ade. Antony... qué horror...!

Ant. Desesperado, ciego de amor, empecé á viajar por Europa, y vuelvo en fin al cabo de tres años... tres años pasados, no sé dónde, ni cómo, y que ni aun estaria seguro de haberlos vivido sino conservara la memoria de un dolor vago, contínuo... Entonces no temia las injurias ni las injusticias de los hombres. Solo, aislado con mi amor, siempre pensaba en tí, ó Adela, diciendo: "La volveré á ver; es imposible que se haya olvidado de mí, de lo que la quise; la descubriré el secreto de mi nacimiento, y entonces, quién sabe...? Tal vez me desprecie y me aborrezca."

Ade. Antony... y ha podido usted creerlo?

Ant. Y yo tambien, yo la aborreceré como á los demas, ó acaso, cuando sepa lo que he sufrido y lo que estoy sufriendo por ella, puede ser que me permita quedarme á su lado y habitar la misma ciudad que ella habita.

Ade. No, no, nunca...

Ant. Sin embargo, Adela, es menester que me ames ó que me aborrezcas. Oh! Sí, uno ú otro. Durante un momento he creido que podria volver á ausentarme; qué locura! No lo creas, Adela, aun que te lo diga yo mismo. Mira, yo te amo como nadie te ha amado jamas; si quisiste un amor vulgar, pasagero, debiste hacerte amar de un hombre feliz. Deberes, virtud...! Qué me importan estas palabras tan vanas para mí...? La muerte de un hombre puede dejarte

viuda, y yo estoy desesperado, Adela, y soy capaz de todo. Oh! Que mi sangre corra bajo la mano del verdugo ó bajo la mia, qué mas da? Mi sangre no recaerá sobre nadie, y solo manchará el hacha del verdugo. Sí, yo lo juro; pensabas poder amarme, decírmelo, hacerme entreveer la felicidad suprema; y luego destruirlo todo con algunas palabras pronunciadas por un sacerdote... te engañaste, Adela; puedes ausentarte, ó quedarte, poco importa; serás mia, yo te lo juro, mia hasta el sepulcro... Entre nosotros dos se levanta un crímen: yo le cometeré. Sí, Adela, sí, yo lo juro por el Dios de quien blasfemo !por mi madre á quien nunca he conocido...!

Ade. Detente, infeliz! Dios mio! Te atreves á amenazarme á mí, á una muger...!

Ant. Oh! Perdon, perdon; ó Adela, ten compasion de mí. (*Se arrodilla á sus pies.*) Sé yo lo que digo ni lo que hago? Mis palabras no son mas que sonidos vanos, sin sentido... Oh! si vieras lo que estoy sufriendo...! Es tanto, que lloro sin poderlo remediar, lloro como una muger; un hombre llorando...! Qué vergüenza, no es verdad?

Ade. Antony... déjeme usted...!

Ant. Adela! Hermosa...!

Ade. Mira este reloj; van á dar las once...!

Ant. Oh! pluguiera al cielo que en cada minuto que pasa volara un año de mi existencia; un año pasado junto á tí...!

Ade. Oh! compasion para mí tambien, Antony! ya se acaba mi valor.

Ant. Una palabra, una sola, por Dios, y te obedeceré como un esclavo aunque me mandes ausentarme para siempre. Una palabra, Adela; tres años de una larga agonía he pasado esperándola, y si en este momento no pronuncian tus labios esa palabra de amor, cuándo te volveré á ver? Cuándo seré tan feliz cómo lo soy ahora? Oh Adela! Ya que no me ames, ten á lo menos compasion de mí...!

Ade. Antony...!

Ant. Cierra los ojos; olvida estos tres años que han

pasado, y acuérdate solo de aquellos momentos de felicidad en que yo estaba á tu lado y te decia: "Adela, angel de mi vida...! alma mia! oh! dame una palabra de amor...!" Y tú me respondias: "Antony, sí, sí..."

Ade. (*Fuera de sí.*) Sí, sí... yo te amo.

Ant. Oh! Ya eres mia, ya eres mia... ya soy feliz. (*Dan las once.*)

Ade. Feliz! Pobre Antony...! Las once... á Dios; váyase usted.

Ant. Sí, á Dios, Adela... hasta cuándo...?

Ade. Qué sé yo...?

Ant. Hasta mañana, no es verdad?

Ade. Sí, mañana...!

Ant. Buenos dias, Clarita... hasta mañana...? A Dios, á Dios.

ESCENA VI.

ADELA. CLARA.

Ade. (*Siguiéndole con los ojos.*) Antony...!

Cla. Qué haces...? Valor, Adela.

Ade. Sí, lo tengo... ó por mejor decir, lo he tenido... Oh! si vieras cómo me ama el insensato...!

Cla. Has escrito ya una carta para él?

Ade. Una carta...! Sí, aqui la tienes.

Cla. Trae.

Ade. Qué carta tan fria, tan cruel! Y esto es lo que el mundo llama deber, virtud! Pobre Antony...! Me acusará de que soy falsa... pero el mundo exige que lo sea para concederme su aprecio. Sí... le entregarás esta carta.

Cla. Sí, vamos; ya está el coche á la puerta; el criado que va contigo te está aguardando.

Ade. Bien, vamos... pero ya ves que no tengo siquiera fuerzas para sostenerme.

Cla. Adela, piensa en tu deber.

Ade. Pobre Antony!

Cla. Piensa en tu hija.

Ade. Ah, sí... hija mia! (*Entra en el gabinete.*)

Cla. Ea, dala un beso... y acaba.

Ade. A Dios, Clara, á Dios... quédate aqui; por qué te volveria á hablar de él... A Dios, cuida mucho de mi hija.

Cla. Dios sea contigo.





ACTO TERCERO.

Una posada en Itenheim, á dos leguas de Strasburgo.

ESCENA PRIMERA.

ANTONY. LUIS. LA POSADERA.

(Entra Antony cubierto de polvo, con botas, y espuelas; le sigue su criado.)

Ant. Eh... la posadera.
Pos. Manda usted?
Ant. Es usted la dueña de esta posada?
Pos. Para lo que usted guste mandar.
Ant. Bueno... cómo se llama este pueblo?
Pos. Itenheim.
Ant. Cuántas leguas hay de aqui á Strasburgo?
Pos. Dos.
Ant. No hay por consiguiente mas que una posta de aqui á la ciudad?
Pos. Justamente.
Ant. (A tiempo llego.) Cuántos carruages han mudado caballos hoy aqui?
Pos. Dos nada mas.
Ant. Quién venia en ellos?
Pos. En el primero un señor anciano con su familia.
Ant. Y en el otro?
Pos. Un jóven con su muger ó su hermana.
Ant. Nadie mas?
Pos. No señor.

Ant. (Segun eso, ella es la que encontré á dos leguas de aqui, al salir de Rasselone... dentro de media hora á lo mas debe llegar.) Bueno.

Pos. El señor piensa quedarse aqui esta noche?

Ant. Sí; me quedaré. Cuántos caballos de posta hay por el momento en la cuadra?

Pos. Cuatro.

Ant. Y no hay mas que esos en el pueblo?

Pos. Son los únicos.

Ant. Me parace haber visto en la cochera al entrar una berlina... es de usted?

Pos. No señor; un viajero me la ha dejado con encargo de venderla.

Ant. En cuanto?

Pos. En quinientos francos.

Ant. Yo la compro. Tome usted. (*Saca unos billetes de una cartera.*) Mi criado dará á usted en dinero lo que falta. Cuántos cuartos vacantes hay en la posada?

Pos. Dos en el piso principal.

Ant. Este es uno de ellos?

Pos. (*Abriendo una puerta de comunicacion.*) Y este el otro.

Ant. Yo los tomo los dos para mí.

Pos. Bueno.

Ant. Sin embargo, si algun viajero se viera en la precision de pasar la noche en esta posada, avísemelo usted, y acaso le cederé uno de los dos.

Pos. Tiene usted algo mas que mandarme?

Ant. Sí; que inmediatamente enganchen los cuatro caballos de posta á la berlina que acabo de comprar, y que el postillon esté pronto á los cinco minutos.

Pos. Voy allá... Quiere usted algo mas?

Ant. No, nada... aqui tengo mi criado, y si necesito algo, llamaré.

ESCENA II.

ANTONY. LUIS.

Ant. Luis?
Luis. Señor?
Ant. Diez años hace que me sirves.
Luis. Sí señor.
Ant. Tienes alguna queja de mí?
Luis. No por cierto.
Ant. Crees poder hallar un amo mejor que yo?
Luis. No señor.
Ant. Entonces... puedo contar con tu afecto.
Luis. Hasta la muerte.
Ant. Ahora entrarás en la berlina que acabo de comprar, y te pondrás en camino para Strasburgo.
Luis. Solo?
Ant. Solo... conoces al coronel Hervey?
Luis. Sí señor.
Ant. Bien: cuando llegues á Strasburgo tomarás una habitacion en frente de la del coronel; procurarás relacionarte con sus criados. Si de aqui á dos, tres ó cuatro meses, no importa cuándo, sabes que va á volver á París, monta á caballo y ven á todo escape á avisármelo: si sabes que ya se ha puesto en camino, procura pasarle y llegar antes que él para decírmelo; estás? Por cada hora de delantera te doy cien francos. Aqui tienes mi bolsillo; cuando necesites dinero escríbeme.
Luis. No hay mas?
Ant. No; ah... detendrás al postillon haciéndole beber, de modo que no pueda volver con los caballos hasta mañana ó hasta ya muy entrada la noche. Ahora, prontitud, vigilancia y lealtad. A Dios. (*Dale la mano afectuosamente.*)



ESCENA III.

ANTONY.

Ah! ya estoy solo en fin. Examinemos estos dos cuartos; comunican entre sí... pero la puerta se cierra por dentro en los dos. Maldicion...! Este gabinete no tiene salida. Si quitara los cerrojos, podrian verlo... Esta ventana... ah! el balcon sirve para las dos ventanas: una especie de azotea. Ah! bien, bien. (*Rie.*) Estoy rendido. (*Se sienta.*) Oh! cómo me ha engañado! Por Dios que no la creí tan falsa. Insensato! que me fiaba en su voz balbuciente, en su dulce sonrisa, y que durante un momento me creí feliz, y tomé la luz del relámpago por la del dia. Insensato! que me he dejado engañar como un niño, y que teniéndola entre mis brazos, no la he ahogado para que nunca fuerá de otro! (*Se levanta.*) Si fuese á llegar antes que Luis, á quien conoce, se pusiese en camino... Dios mio! Pero no, todavía no se ve el carruage. (*Se sienta.*) Ahora viene la ingrata aplaudiéndose de haberme engañado, y luego entre los brazos de su marido le contará todo; que yo estaba á sus pies, olvidando mi dignidad de hombre, y jurándola que la amaba. Ella le dirá que me desechó con desprecio, y entonces los dos, acariciándose con ternura, se reirán de Antony el insensato, de Antony el bastardo! Horror, execreacion...! (*Hiere la mesa con el puñal, y se clava la hoja hasta cerca de la empuñadura.*) No es mala, por vida mia, la hoja de este puñal! (*Sonriendo.*) Ya se fue mi criado... Ahora que venga; ya nada temo. Sí; que el hombre consagre al amor todas las facultades de su ser; que se forme una esperanza de felicidad, una esperanza que devore todas las demas; y luego, que venga, llena el alma de amargura, y los ojos llenos de lágrimas, á arrodillarse á los pies de una muger... hé aqui todo lo que obtendrá; escarnio y desprecio. Oh! si antes que llegue

me volviese yo loco...! tengo un ardor en la frente! Oh! no sé qué hacer... Y cuando pienso que para salir de este infierno bastaria un momento de resolucion, que á la agitacion del frenesí puede succeder el reposo eterno de la tumba, y que si yo quiero, nadie es bastante á impedir que esto sea... Y por qué no he de querer? me detendrá por ventura una palabra... el suicidio...! Por cierto que cuando Dios hizo de los hombres una lotería en beneficio de la muerte, cuando no dió á cada uno mas que la fuerza necesaria para sufrir una cierta cantidad de dolores, debió pensar que este hombre sucumbiria bajo el peso del infortunio, cuando este peso fuera superior á sus fuerzas. Y por qué los desgraciados no han de repartir su desgracia con los demas? esto no sería justo, y Dios ama la justicia! Sin embargo, yo quiero que esto sea, y será...! Llore ella y sufra como yo he sufrido y llorado. Ella...! Dios mio! Ella, que es el alma de mi vida. Oh! si llora, que no sea á lo menos mas que mi muerte. Sí, ella la llorará. Pero á las lágrimas succederán la tristeza, la melancolía, y luego... la indiferencia. Su corazon palpitará tal vez de tiempo en tiempo cuando por casualidad pronuncie alguno mi nombre delante de ella; despues vendrá el olvido... el olvido, esa segunda mortaja de los que ya no existen...! En fin, será feliz; pero no sola; otro participará de su felicidad: su marido... Dentro de dos horas estará con él para siempre, y yo, yo estaré para siempre separado de ella...! No, eso no...!!! Pero qué oigo? Un carruage á lo lejos; sí, ella es; la noche se acerca: mejor...! la noche es la amiga de los desgraciados, y tambien de los amantes. Cinco dias sin verme, y luego me deja! Y si la lanza de su coche me hubiera partido la frente, hubiera dejado en la calle mi cuerpo mutilado, de miedo que al entrar en su casa, no la hubiera comprometido mi cádaver...! Ya se acerca: ven, ven, Adela, yo te amo y te espero aqui. Ella es... Desde esta ventana podré verla. Oh! Dios mio, Dios mio! ella es... Su voz, tan dulce para mí, me decia ayer:

"Hasta mañana." Pues bien! no dirá que he faltado á la cita... Alguien sube: la posadera.

ESCENA IV.

ANTONY. LA POSADERA.

Pos. (*Entra con dos candeleros en la mano, y pone uno sobre la mesa.*) Caballero, una señora, precisada á quedarse aqui, necesita un cuarto; usted dijo que tendria la bondad de ceder una de las dos piezas que ha tomado. Si el señor no ha cambiado de resolucion, le suplicaria me dijese cuál de las dos piensa ceder.

Ant. (*Con mucha indiferencia.*) Esta; creo que es la mayor y la mas cómoda; con la otra me basta.

Pos. Y cuándo podrá subir la señora?

Ant. Cuando guste... ahora mismo; la puerta se cierra por dentro...

Pos. Mil gracias, caballero. (*Va á la puerta de la escalera.*) Señora, señora... cuando usted guste: por aqui.

Ant. Ella es! (*Cierra la puerta de comunicacion apenas entra Adela.*)

ESCENA V.

LA POSADERA. ADELA.

Ade. Y dice usted que es imposible encontrar caballos en todo el pueblo?

Pos. Señora, los cuatro únicos que habia han salido no hace todavía un cuarto de hora.

Ade. Y cuándo volverán?

Pos. Esta noche.

Ade. Dios mio...! Cuando ya no faltan mas que dos leguas para llegar á Strasburgo! Pero piense usted, señora, si habria algun medio...

Pos. No le encuentro... á menos sin embargo que consintiera el postillon en doblar la posta... puede que todavía esté abajo: voy á ver. (*Vase.*)

Ade. Sí, sí, vaya usted; dígale usted que se le dará lo que pida. Puede que aun esté abajo, y entonces, dentro de una hora llegaré á casa de mi marido... Dios mio...! Nada se oye: si se habrá marchado ya el postillon... y en fin, qué hay? (*A la posadera, que entra.*)

Pos. Se marchó. El sugeto que le ha cedido á usted este cuarto le ha dicho algunas palabras desde la ventana, y se ha ido al instante.

Ade. Dios mio...! Qué contratiempo...!

Pos. Parece que está usted muy agitada, señora.

Ade. Con que en fin, no hay ningun medio de contínuar mi viaje?

Pos. Ninguno.

Ade. Entonces, hágame usted el gusto de dejarme sola.

Pos. Si necesita usted alguna cosa... no tiene usted mas que llamar.

ESCENA VI.

ADELA.

En qué consiste que casi me alegro de esta dilacion...? Es que conforme me voy acercando á mi marido me parece que oigo su voz, que veo su semblante severo. Qué le diré para motivar mi fuga? Que temia amar á otro...? Pero este solo temor, á los ojos de la sociedad y á los suyos, es ya casi un crímen... Si le digo que solo el deseo de verle... no, esto sería engañarle. Tal vez he obrado con ligereza; no era acaso tan grande el peligro como yo creía. Y antes de volverle á ver... qué dirá de mí...! Pobre Antony...! El amor de cualquier otro hombre me hubiera inspirado desprecio; pero el suyo! Ah! Ser amada por él y poder confesarlo á la faz de Dios y del mundo...! Ser el ídolo, el alma de un hombre co-

mo él, tan superior á los demas hombres...! Pagarle toda la felicidad que él me daria, y vivir con él hasta la muerte: hé aqui sin embargo lo que me ha arrancado una odiosa preocupacion: hé aqui la justicia de esa sociedad, que castiga en nosotros una culpa que ni uno ni otro hemos cometido, y en cambio... qué me ha dado...? Ah! Esto bastaria para hacerme dudar de la justicia de Dios...! Pero qué oigo? Qué ruido es este? En ese cuarto hay un hombre que no sé quién es. (*Se precipita á la puerta de comunicacion y echa el cerrojo.*) Qué es esto, Dios mio! De qué tiemblo...? Y estos caballos que no llegan... Suba usted, señora. (*A la puerta de la escalera.*)

ESCENA VII.

LA POSADERA. ADELA.

Pos. (*Desde fuera.*) Allá voy, allá voy. (*Entra.*) Manda usted?

Ade. Quiero ponerme en camino... no han vuelto los caballos?

Pos. Si acababan de salir cuando usted llegó! Y no creo que vuelvan hasta de aqui á dos ó tres horas... Deberia usted entre tanto descansar un poco.

Ade. Y dónde?

Pos. En este gabinete hay una cama.

Ade. Pero no tiene llave.

Pos. Las dos puertas de este cuarto se cierran po. dentro.

Ade. Sí, aqui no hay cuidado... es verdad?

Pos. Por supuesto. (*Lleva el candelero al gabinete.*)

Ade. Bien, retírese usted; pero venga usted á avisarme apenas lleguen los caballos.

Pos. Al instante.

Ade. Nunca han sucedido desgracias en esta posada?

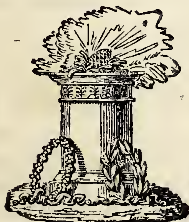
Pos. Nunca; pero si usted lo desea, haré que se quede alguno velando.

Ade. No, no es menester; déjeme usted. (*Entra en el gabinete, y cierra la puerta.*)

(*Aparece Antony sobre el balcon detras de la ventana; rompe un vidrio, pasa el brazo, abre la aldaba, entra rápidamente, y echa el cerrojo á la puerta por donde salió la posadera.*)

Ade. (*Saliendo del gabinete.*) Qué ruido es este? un hombre... ah...!

Ant. Silencio... yo soy... yo... Antony!





ACTO CUARTO.

Un gabinete en casa de la vizcondesa de Lacy; en el foro una puerta abierta que da sobre un elegante salon preparado para un baile; á la izquierda una puerta.

ESCENA PRIMERA.

LA VIZCONDESA. *Luego* EUGENIO.

Viz. Ea, (*A muchos criados.*) que no se olvide nada de lo que tengo dicho. (*Vanse.*) Jesus, Dios mio! qué fastidio para una muger sola tener bailes en su casa... y si no hubiera sido por Eugenio, que me ha ayudado á hacer los preparativos y enviar las esquelas de convite, Dios sabe si hubiera podido salir de este atolladero. Y este Eugenio, que no viene, y me prometió estar aqui el primerito? Poeta al fin...!

Un criado, anunciando. El caballero de Hervilly.

Viz. Beso á usted la mano.

Eug. A los pies de usted. (*Vase el criado.*)

Viz. Ah! ya está usted aqui, buena alhaja... sea en hora buena por la exactitud. (*Arreglándose los rizos con una mano y presentándole la otra.*) No haria mas un matemático: mucho es para un poeta.

Eug. Hay casos en que la exactitud no es un gran mérito.

Viz. De veras? Qué le parece á usted mi trage?

Eug. Precioso.

Viz. Reconoce usted este vestido?

Eug. Ese vestido...

Viz. Olvidadizo! El que tenia puesto la primera vez que nos vimos...

Eug. Ah, sí, en casa de...

Viz. En casa del embajador de España... ustedes los hombres nunca se acuerdan de estas cosas, pero nosotras no las olvidamos nunca.

Eug. Pues y yo...?

Viz. Usted como los demas... olvidarse de semejante dia, cuando debiera ser eterno en la memoria de un verdadero amante! se acuerda usted de aquella señora que no nos quitó la vista de encima?

Eug. Madama de Camps? Dios la bendiga... confieso que me desagrada en forma.

Viz. Pues luego que usted se fue, tuve una disputa con ella... pero qué disputa...!

Eng. Hola! y sobre qué fue ello?

Viz. Sobre literatura; ya sabe usted que no hablo mas que de literatura... y yo sé quién tiene la culpa... cuándo me pagará usted en amor lo que aventuro por usted?

Eug. Pues y la parece á usted que no la amo con todo mi corazon?

Viz. Pues ya se ve que no: loca estaba yo de contenta al ver á un poeta enamorado de mí, creyendo encontrar en él un alma apasionada, una imaginacion ardiente, emociones originales y profundas... pues ya! el tal poeta me ha hecho la corte como pudiera hacerlo un comerciante... y pregunto yo ahora, de dónde saca usted esas escenas tan animadas y patéticas que tanto gustan al público...? Porque diga usted lo que quiera, ahí está el principal mérito de usted, y no en la parte histórica, ni en el colorido local, ni en las costumbres. Sí señor... y mucha razon que tengo... á qué viene esa risita?

Eug. Mire usted, amiga mia, yo tambien he buscado con ansia este amor delirante y esclusivo que usted desea... pero en vano. Varias veces he estado á punto de dar con él, pero quiso la desgracia que algu-

nas de mis amadas hallasen poco elegante el lazo de mi corbatin; que otras no gustasen de mi manera de bailar, y que todas á lo mejor me despidiesen con mucho cumplido... Una, en fin, estuvo en un tris si me adoraria ó no, cuando la dijeron malas lenguas que no sé bailar la galopa... Qué mas le diré á usted? Cuando mas seguro me creía de haber inspirado el amor de que tratamos, me hallaba en un instante cruelmente desengañado. El amor...! el alma cree en él mientras es jóven y cándida; todos le han deseado, todos han creido poseerle en alguna época de su vida, y todos han visto luego desvanecerse lentamente sus ilusiones. Qué le hemos de hacer...? El mundo no da mas de sí, y las quejas son inútiles; tengamos pues paciencia, y conformémonos á lo que no podemos remediar, sacando de la vida el mejor partido posible. Cinco ó seis años he empleado en buscar este amor ideal en medio de nuestra alegre y elegante sociedad... y sabe usted lo que he sacado en limpio...? que es imposible encontrarlo.

Viz. Imposible...! Ahí tiene usted el ejemplo de Adela y de Antony... ahí tiene usted como yo quisiera ser amada.

Eug. Sí; para ser infeliz, ó para burlarse del que la ofreciera á usted un amor de esa naturaleza. Oh! piense usted bien lo que dice, amiga mia, y pida al cielo que la libre de semejante desgracia. Un amor como el que usted desea, es bueno para la señora de Hervey, pálida, melancólica, romanesca... pero para usted...? usted, alegre y voluble como una mariposa... Dios nos libre! solo de pensarlo me dan temblores.

Viz. No sé... pero me parece que tiene usted razon.

Eug. Y esa es la verdad, créame usted. Los bailes, las modas, las diversiones, el amor por pasatiempo, hé aqui lo que á usted le conviene; y quédense allá las pasiones violentas para el que tiene la desgracia de poseer un alma enérgica y un corazon de fuego. Pase el tiempo sobre usted sin ajar la delicada flor de su hermosura, y no se queje usted de otra

cosa sino de que sea tan corta la vida y los dias tan largos...!

Viz. Silencio, mala cabeza...

Un criado, anunciando. Madama de Camps.

Viz. Su amiga de usted.

Eug. Cierto.

Viz. Psit... (*La da la mano.*) Muy bien venida.

ESCENA II.

DICHOS. MADAMA DE CAMPS.

Mad. Vengo temprano, Mariquita, porque es cosa terrible para una viuda tener que presentarse sola en medio de un salon.

Viz. Semejante contratiempo no debe parecerle á usted muy cruel.

Mad. Pues ya... supongo que ya no se acuerda usted de nuestra discusion literaria... usted es, señor poeta, el que la trastorna la cabeza con el maldito romanticismo... prepárese usted á responder de tamaño pecado el dia del juicio final.

Eug. Ignoro, señora, por qué género de influencia puedo...

Mad. Yo tambien lo ignoro... pero lo cierto es que de algun tiempo á esta parte no habla una palabra de medicina, y que ha abandonado completamente á Galeno, Broussais y Mr. Delaunay, por Schiller, Calderon, Lope de Vega y usted...

Viz. Psit... maliciosa... es usted capaz de hacer creer unas cosas...

Mad. No es mas que una broma... y supongo que nuestro baile será magnífico... como cosa de usted.

Viz. No, magnífico no... pero vendrá bastante gente... y ademas me han prometido presentarme algunos jóvenes... en fin, se bailará... ah, se me olvidaba; vendrá tambien Adela de Hervey, que está ya enteramente restablecida.

Mad. Y antes tambien... ya, ya... ya sabemos por aqui su viaje y su aventura nocturna en una posada, y qué

sé yo cuántas otros cosas mas... Yo no sé, Mariquita, cómo recibe usted en su casa á una muger asi... mal hecho! con qué usted no sabe...?

Viz. Sé que se cuentan mil cosas, de las cuales tal vez ninguna es verdad... pero sea como se fuere, Adela es una antigua amiga mia, y esto basta para que yo sea consecuente con ella.

Mad. No es esto decir que usted haya hecho mal en convidarla, pero... mucho mejor hubiera hecho ella en conocer que despues de lo que ha pasado, el decoro público exige que tenga ciertas consideraciones, y sobre todo que se abstenga de presentarse en una sociedad decente; en todo caso, si ella no tiene bastante tacto para conocerlo, sería una obra de caridad decírselo sin rodeos. Si á lo menos su aventura *nocturna* no hubiera metido tanto ruido... pero qué...! su hermana va diciendo á todo el mundo que fue á reunirse con su marido... y luego al cabo de pocos dias vuelve con su Antony, que salió de aqui al mismo tiempo que ella... tambien ha convidado usted al señor Antony?

Viz. Cierto que sí.

Mad. Pures me alegro en el alma... me gustan mucho los poblemas.

Viz. Cómo?

Mad. Pues y no merece este nombre la persona que no tiene ni familia, ni bienes, ni oficio, ni beneficio, y que es rica á pesar de todo eso...? Por mi parte no conozco mas que un medio de tener dinero sin haber nacido rico, ni tomarse el trabajo de ganarlo.

Eug. Ah! señora!

Mad. Pues ya se ve... lo misterioso puede ser muy interesante en el teatro, ó en las novelas... pero en la sociedad...!

Un criado, anunciando. El baron de Marsanne, don Federico Gilbert, don Luis Darcey. (*Entran otras muchas personas.*)

ESCENA III.

DICHOS. FEDERICO. EL BARON.

(*La vizcondesa habla succesivamente á las personas que van entrando.*)

Viz. Beso á usted la mano, señor baron. (*A Federico.*) Ya está usted aqui, buena pieza? trae usted buenos ánimos de bailar?

Fed. Como siempre... si usted lo manda.

Viz. Silencio... las paredes oyen. (*A algunas señoras que entran.*) Oh! venga usted acá, hija mia; esta noche nos la dejará usted hasta muy tarde, no es verdad? (*A la mamá.*)

Mamá. Veremos...

Viz. Tengo tres personas para hacerle á usted la partida de tresillo.

Un criado, anunciando. Don Luis Delaunay. (*Las damas sonrien mirando succesivamente á Eugenio y á Luis.*)

ESCENA IV.

DICHOS. DELAUNAY.

Del. Señora...

Viz. Beso á usted la mano, amigo mio; mucho celebro que haya usted venido, pues tendrá el gusto de ver á su amigo Antony... Por eso supliqué á usted con tanto empeño en mi carta que no faltara.

Fed. (*Acercándose á Delaunay.*) Pero hombre, te andaba buscando por todas partes... pues y quién hace los honores en esta casa?

Del. (*Viendo á Eugenio, que se acerca.*) Chist.

Fed. Bah...!

Del. Palabra de honor.

Un criado, anunciando. La baronesa de Hervey.

Mad. (*A algunas damas que estan á su lado.*) La heroina de la aventura que estaba contando á ustedes.

ESCENA V.

DICHOS. ADELA.

Viz. Cómo va, Adelita? Cómo no ha traido usted á su hermana Clara?

Ade. Hace unos dias que fue á reunirse con su marido.

Mad. Pues entonces su ausencia no será larga; estos viajes son por lo general de corta duracion.

Viz. (*A Adela con prontitud.*) Tengo el honor de presentarte el caballero de Hervilly, á quien sin duda conoces ya de reputacion.

Ade. Seguramente... y he sentido muchísimo no haber podido asistir al drama que acaba usted de dar al público, á causa de mi enfermedad.

Viz. Profana! pues es menester ir cuanto antes... yo te enviaré mi palco la primera vez que le representen... No deje usted de recordármelo.

Un criado, anunciando. El caballero Antony.

(*Todos fijan los ojos succesivamente en Adela y Antony: saluda él á la vizcondesa y á las señoras en general: luego se acerca á Delaunay, y habla con él: Eugenio le mira con interes.*)

ESCENA VI.

DICHOS. ANTONY.

Ade. (*Con vivacidad para disimular su turbacion.*) Tiene usted entre manos algun nuevo drama? (*A Eugenio.*)

Eug. Sí señora.

Mad. De la historia de la edad media...?

Eug. Asi es.

Ade. Y por qué no elije usted un asunto en medio de nuestra sociedad moderna?

Viz. Eso es lo que yo digo... por qué no ataca usted

la actualidad? mucho mas que las pasiones de los antiguos nos interesan las de los personages de nuestra época, vestidos como nosotros, y hablando el mismo lenguaje.

Bar. Ya; eso sí... pero es mucho mas facil sacar un asunto de las crónicas que de la imaginacion; en las crónicas se encuentran los dramas ya casi hechos.

Eug. Muchas razones, harto largas de esplicar, me impiden hacerlo.

Viz. Esponga usted sus razones, y nosotros seremos jueces.

Eug. Permítanme ustedes, señoras, que les diga que semejante discusion sería demasiado seria y fastidiosa para un auditorio vestido de gasa y cubierto de flores.

Mad. No, no; nada de eso. Ya ve usted que todavía no se empieza á bailar, y luego... todas somos muy aficionadas á la literatura... no es verdad, vizcondesa?

Bar. Paciencia, señoras, un poquito de paciencia... El señor espondrá todas sus ideas sobre el particular en el prefacio del primer drama que publique.

Viz. Está usted haciendo un prefacio?

Bar. Pues no? los románticos siempre hacen prefacios.

Ade. Ya lo ve usted; ha perdido usted en defenderse el tiempo que hubiera bastado para desenvolver todo un sistema.

Eug. Pues una vez que estas señoras lo exigen, no soy ya responsable del fastidio que resulte de esta discusion para mi auditorio: hé aqui mis razones. La comedia es la pintura de las costumbres; el drama es la pintura de las pasiones. La gran revolucion que ha pasado sobre nuestra patria, ha hecho á los hombres iguales, ha confundido los rangos y generalizado los trages, tanto que ya ningun signo esterior indica tal ó cual profesion, ni ningun círculo contiene esclusivamente estos ó los otros hábitos y costumbres. Si existen algunas diferencias entre las costumbres é ideas de las diferentes clases que componen la sociedad, son tan pequeñas, que mas bien

pueden llamarse medias tintas que colores; y el pintor que quiere hacer un cuadro, mas necesita de colores que de medias tintas. Resulta pues de lo dicho, que la comedia de costumbres es en el dia, sino imposible, muy dificil por lo menos. Quédale pues al poeta el drama de pasion, para cuyo desempeño se presenta otra dificultad, y no pequeña. La historia nos presenta ciertos hechos grandiosos, que nos pertenecen por derecho incontestable de herencia; el poeta se apodera de ellos, desentierra por decirlo asi los hombres estraordinarios de los pasados tiempos, los reviste con los trages que usaban, los anima con las pasiones que sintieron ó debieron sentir, y cuya fuerza aumenta ó disminuye el poeta, segun el grado á que quiere elevar el interes dramático. La pintura de acciones magnánimas, de pasiones enérgicas, nos parece de este modo natural y verosimil, á causa de la alta idea que todos tenemos formada del valor y grandes prendas de nuestros antepasados, que aumentan en gran manera tanto nuestro propio orgullo como el prisma de la historia. Pero que nosotros, en medio de nuestra prosáica sociedad moderna, bajo nuestro moderno frac tan rabicorto y ridículo, tratemos de hacer ver toda la energía del corazon humano, es á mi parecer un esfuerzo inútil, porque en efecto, quién podria reconocerle, despojado ya de la poesía, hija de las antiguas creencias, y desfigurado con las mezquinas ideas positivas que son de moda en nuestros dias? La semejanza entre el héroe y los espectadores será demasiado notable, y demasiado íntima su analogía; el espectador querrá identificarse con el héroe, y cuando la pasion de este se eleve á un grado tal que el espectador no sea ya capaz de sentirla ni esplicarla de aquel modo, como debe suceder naturalmente, clamará el espectador que aquello es una exageracion... que él no siente asi... que cuando su esposa ó su querida le es infiel, lo siente... sí, pero no la mata, ni se tira un tiro, ni cosa que lo valga... y la prueba es que alli está sano y bueno. Entonces vienen como de molde

las declamaciones contra el romanticismo, contra el melodrama, que admiran en silencio un corto número de hombres, no sé si diga mas felices ó mas desgraciados, pero seguramente mejor organizados que los demas, que saben que las pasiones del hombre son las mismas en el siglo XIX que lo fueron en el siglo XIV, y que el corazon late con la misma energía debajo de un frac de paño que debajo de una armadura de hierro.

Ade. Pues la aprobacion de ese corto número de hombres debe consolar al poeta de la tibieza y frialdad con que recibe el vulgo sus escritos.

Mad. Y luego, no faltarian en nuestra sociedad moderna, si se buscaran con cuidado, ejemplos de grandes pasiones. Todavía hay amores profundos que no basta á entibiar una ausencia de tres años... caballeros misteriosos que salvan la vida á la dama de sus pensamientos... mugeres virtuosas que huyen de sus amantes; y como la mezcla del sublime y del grotesco está en gran favor actualmente, no faltarian escenas muy dramáticas acaecidas en una posada... yo pintaria una de estas mugeres...

(*Antony, que durante la discusion no ha hablado palabra, pero cuyo semblante se ha ido animando por grados, se acerca con lentitud y se apoya en el respaldo del sillon que ocupa Madama de Camps*)

Ant. Tendria usted aqui, señora, por casualidad, un hermano ó un marido...?

Mad. Qué le importa á usted?

Ant. Es que yo quiero saberlo... yo...!

Mad. (*Aterrada.*) No...!

Ant. Infamia...! (*A Eugenio.*) Sí, esta señora tiene muchísima razon, y una vez que ella ha tenido la bondad de bosquejarle á usted el fondo del asunto, yo me encargaré de indicarle á usted los detalles... Sí; yo pintaria una de esas mugeres de que ha hablado esta señora, y la pintaria inocente y pura entre todas las mugeres; haria conocer su cándido y hermoso corazon, desconocido y calumniado por una de aquellas almas ajadas y corrompidas, cuya moral

consiste solo en la destreza; por una muger que desprecia el peligro porque está ya muy familiarizada con él; que abusa de su debilidad mugeril para destruir infamemente la reputacion de otra muger... asi como un espadachin abusa de su fuerza y de su destreza, para destruir cobardemente la existencia de otro hombre. Probaria, en fin, que la mas desgraciada de estas dos mugeres sería la primera, y eso no por falta de virtud, sino de artificio... y luego, á la faz de la sociedad, pediria justicia entre ambas sobre la tierra, mientras llega el dia en que Dios les haga justicia sobre los cielos... (*Largo silencio*) Ea, señoras, basta ya de literatura; la música les llama á ustedes á bailar una contradanza.

Eug. (*Presentando con impaciencia su mano á Adela.*) Señora...

Ade. Mil gracias... no bailaré. (*Antony aprieta la mano á Eugenio.*)

Mad. (*Se levanta.*) A Dios, vizcondesa.

Viz. Se va usted?

Mad. Despues de la escena escandalosa...

Viz. Amiguita... usted se ha tenido la culpa. (*Salen.*)
(*Adela queda sola: Antony la mira para saber si debe irse ó quedarse: ella le hace seña de que se vaya.*)

ESCENA VII.

ADELA. *Luego* LA VIZCONDESA.

Ade. Oh Dios mio...! para qué habré yo venido esta noche? Bien me lo decia mi corazon... todo se sabe, todo... estoy perdida para siempre: si me voy, todos fijarán la vista sobre mí y dirán que me voy por vergüenza. Si me quedo, dirán que es por descaro... Dios mio, Dios mio...! Tres meses de llanto y dolor no han espiado bastente mi culpa...?

Viz. (*Entra.*) Buscándote venia, Adelita. Pero qué es eso...? lloras?

Ade. Y te parece que es sin motivo, despues de lo que ha pasado?

Viz. Por una palabra.

Ade. Sí... una palabra que mata.

Viz. Tú no conoces á esa muger; segun ella, no hay hombre honrado ni muger virtuosa en todo el mundo mas que ella.

Ade. Y te parece que no la creerán...? Oh! dime que no la creerán cuando hable mal de mí...

Viz. Por supuesto que no... pero es menester que tengas un poco mas de serenidad...

Ade. Serenidad...! cuando el corazon se me desgarra dentro del pecho... serenidad...! Ni sé, ni quiero saber disimular lo que siento.

Viz. Loquilla...! En este mundo, hija mia, es menester oir una porcion de cosas sin hacer alto en ellas; y si nos ofenden, responder con una mirada impávida ó con una sonrisa indiferente.

Ade. Oh! no me digas eso, por Dios...! yo habia de ver con indiferencia manciliada mi reputacion de esposa y de madre! Oh...! Primero la muerte que sufrir semejante tormento... mi reputacion...! tú sabes si hasta ahora habia permanecido pura é intacta...

Viz. Pues eso es justamente lo que no te perdonarán nunca, y lo que tarde ó temprano toda muger tiene que espiar algun dia. Pero qué importa...? cuando nuestra conciencia está tranquila...

Ade. Sí, cuando nuestra conciencia está tranquila...!

Viz. Cuando al volver á tu casa, sola contigo misma, puedas sondear tu corazon y hallarlo irreprensible... si tus amigas continúan visitándote...

Ade. Sí, por consideracion á mi rango... á mi posicion social...

Viz. Si te dan la mano y te estrechan en sus brazos... como yo, por ejemplo. (*La abraza.*)

Ade. Tal vez por compasion... por compasion, Dios mio...! una muger con la sonrisa en los labios, lanza á otra muger una palabra qne deshonra, y la acompaña con una mirada dulce y afectuosa, para ver si ha martirizado bastante... qué infamia...! Qué la habia hecho yo á esa muger?

Viz. Adela...!

Ade. Y ahora va á repetirlo á todo el que quiera escucharla; dirá que no me he atrevido á mirarla cara á cara, y que me ha hecho subir el rubor á la frente y llorar... y dirá bien, por que sufro y lloro...

Viz. Por Dios, Adela, serénate... Y que tenga yo ahora que dejarte...!

Ade. Sí, vé; tu ausencia entristeceria el baile; vé, vé...

Viz. Habia prometido á Eugenio bailar con él la primera contradanza... pero no le hace... con él no tengo que gastar cumplidos. Lo dejaremos para la segunda. Mira, Adela, componte ahora un poco, porque asi no puedes entrar; has tomado tan á pecho esa simpleza...! Pero de aqui á un rato vengo á buscarte, y vas á matar de envidia á todas esas mugeres... vaya, serénate. Piensa en que aun cuando todo el mundo te abandonara, te quedará siempre una amiga verdadera, una amiga franca, que sabe que vale cien veces menos que tú, y que por lo mismo te ama cien veces mas. Ea... hasta luego; basta de llantos y suspiros: voy á cuidar de que nadie venga á molestarte. (*Vase por la puerta del foro: Antony, al entrar por la puerta del costado, ha oido sus últimas palabras.*)

ESCENA VIII.

ADELA. ANTONY.

Ant. Qué buen corazon el de esta muger...! (*Mirando á la vizcondesa.*) O Dios mio!

Ade. Ya estoy tranquila... cómo ha de ser.

Ant. Angel mio...!

Ade. Bien lo decia yo, que no era posible ocultar nada á los ojos de la sociedad... pero quisiste que viniera, y he venido.

Ant. Sí; para ser insultada, cobardemente insultada por una muger; y yo la veía, y no podia hacer nada por tí. Oh! con cuánto gusto hubiera dado diez años de mi vida, diez años de delicias contigo, por-

que hubiera sido un hombre el que dijera lo que ella ha dicho!

Ade. Qué la habia hecho yo á esa muger?

Ant. A lo menos se ha hecho justicia retirándose.

Ade. Sí; pero sus palabras envenenadas habian penetrado ya el corazon de todas las personas que la escuchaban. Mira, tú no oyes ahora mas que el eco de la música y el rumor del baile... yo, en medio de la confusion, escucho resonar mi nombre cien veces repetido, mi nombre, que es de otro... de mi marido... de cuyas manos lo recibí puro y sin mancha, y que ya por mí quedará envilecido para siempre. Me parece que todas esas palabras que resuenan en mi oido no son mas que una misma frase repetida por cien voces... y que me llama *tu querida...*!

Ant. Adela... amiga mia...!

Ade. Y luego... cuando yo me vaya... se hablarán entre sí... me mirarán, y viendo en mi rostro la señal de las lágrimas que he vertido, dirán: "Mucho ha llorado, pero él la consolará, porque es *su querida*"

Ant. Ah...!

Ade. Las mugeres huirán de mí; las madres dirán á sus hijas: "Veis esa muger...? tenia un marido honrado que la amaba y la hacia feliz... nada puede disculparla, es una muger de quien debeis huir: *es su querida...*!"

Ant. Tente, tente... y entre todas esas mugeres cuál es mas pura é inocente que tú...? Yo te he seguido cuando huías de mí... he mirado tus lágrimas sin compasion, sin remordimiento tus gemidos. Yo soy quien te he perdido... yo... miserable de mí...! Te he deshonrado, y no puedo reparar el daño que te he hecho... Dios mio! Oh Adela! por compasion, dime qué debo hacer, pídeme mi vida, mi sangre...!

Ade. No, no; si vieras... muchas veces me ha pasado por la cabeza una idea terrible, y es, que una vez tan siquiera hayas tú podido decirte á tus solas: "Adela me ha cedido á mí, luego pudo haber cedido á otro..."

Ant. Que un rayo me abrase ahora mismo si es verdad.

Ade. Es que entonces, tambien á tus ojos sería yo una muger infame, tambien tú dirias: "*Es mi querida.*"

Ant. No, no; tú eres mi vida, mi cielo...!

Ade. Antony... si algun dia quedara yo viuda, te casarias conmigo?

Ant. Oh! lo juro!

Ade. Sí?

Ant. Sí...

Ade. En fin, Dios y tú no me habeis desamparado todavía... qué me importa el mundo? una muger no podia resistir á tanto amor...! Esas mugeres que me insultan, tan orgullosas, tan severas, hubieran sucumbido como yo si mi Antony las hubiera amado; pero tú no las hubieras amado, no es verdad?

Ant. Oh no...!

Ade. Porque, qué muger podria resistir á mi Antony? Ah! todo lo que he dicho hasta ahora es locura y despropósito. Quiero ser feliz aun, quiero olvidarlo todo para no acordarme mas que de tí. Qué me importa lo que diga el mundo...? Yo no veré á nadie, me aislaré con tu amor, y tú estarás siempre á mi lado, me repetirás á cada instante que me amas, que eres feliz, que yo lo soy tambien, y te creeré, porque creo en tus palabras.. cuando tú me hablas, me parece que el cielo se entreabre sobre mi cabeza, cesa entonces el dolor de mi corazon y el ardor de mi frente... mis lágrimas se detienen, y se aduerme la voz de mis remordimientos, oh Antony...!!!

Ant. Sí; jamas nos separaremos, oh hermosa...! enjuga tus lágrimas: ah! yo lo juro por el alma de mi madre; todavía nos esperan largos dias de felicidad sobre la tierra...

Ade. Oh! ya soy feliz, feliz mil veces. (*Abrese la puerta del salon y entra la vizcondesa.*) María! (*Adela da un grito, y se va por la puerta del costado.*)

Ant. Maldicion...!



ESCENA IX.

ANTONY. LA VIZCONDESA. LUIS.

Viz. Despues de haber buscado á usted por todas partes, he venido...

Ant. (*Con ironía.*) Sí; algun motivo de la mas alta importancia, sin duda.

Viz. Un hombre que se dice criado de usted quiere hablarle inmediatamente para un negocio importantísimo, segun dice...

Ant. Un criado mio .. que quiere hablarme... si será...? permítame usted que le haga entrar aqui; y diga usted á Adela... á la baronesa, que venga, que venga inmediatamente; oh! por Dios, usted es su única amiga: vaya usted; por ahí debe andar.

Viz. Voy allá. (*Al criado.*) Entre usted. (*Vase.*)

Ant. Hola, Luis, qué hay?

Luis. Ayer mañana salió de Strasburgo el coronel de Hervey: dentro de algunas horas estará aqui.

Ant. Dentro de algunas horas... Adela, Adela. (*Llamándola.*)

Viz. (*Entra.*) Acaba de irse ahora mismo.

Ant. A su casa? Infeliz...! llegaré á tiempo!!!





ACTO QUINTO.

La escena es en el gabinete de Adela de Hervey.

ESCENA PRIMERA.

ADELA. SU CAMARERA.

(*Adela entra dando el boa á su camarera, que la sigue.*)

Ade. Ya puede usted retirarse; si necesito algo, llamaré. (*Vase la criada.*) Ya estoy sola, en fin, ya puedo llorar libremente de dolor y de vergüenza. Dios mio! Por qué permites que la fatalidad persiga con tanto encono á una muger que ha sido siempre virtuosa, y que la obligue á dejar de serlo, á pesar de sus lágrimas y sus esfuerzos? que destruya todas sus esperanzas, y la colme de injurias y de oprobios? Es esto justicia...? Dios mio! una sola amiga me quedaba en el mundo, una sola que me creía inocente y me consolaba... y como sino fueran ya bastante grandes mi infortunio y mi vergüenza, me encuentra hoy mismo en los brazos de Antony! Antony... cuándo dejarás de perseguirme...? Quién está ahí?



ESCENA II.

ADELA. ANTONY.

Ant. Adela... ah! (*Con alegría.*)

Ade. Qué me quieres, Antony...? tú aqui, en la casa de mi marido, junto á la estancia misma de mi hija... por Dios, Antony, ten compasion de mí. Mis criados me respetan todavía... quieres que mañana tenga que avergonzarme delante de mis criados...?

Ant. Nadie me ha visto; y luego , tenia que hablarte con precision.

Ade. Sí; ya lo sé... querias saber cómo he soportado la cruel escena de esta noche: bien, muy bien; estoy tranquila... déjame; vete, vete, por Dios.

Ant. No, no es eso; Adela! no te asustes de lo que voy á decirte.

Ade. Pues qué hay... habla.

Ant. Es menester que me sigas...

Ade. Adónde...? Por qué?

Ant. Por qué...? Dios mio! pobre Adela...! Ya sabes si yo te amo, si mi vida es tuya: pues bien, por mi amor, por mi vida te pido que inmediatamente me sigas.

Ade. Qué es eso...? pues qué hay...?

Ant. Si te dijera... "Adela, la casa está ardiendo, las paredes se desploman, es menester que me sigas..." entonces, aun no sería el peligro tan inminente como lo es ahora; ven, ven. (*La lleva por fuerza.*)

Ade. Oh! déjame... Antony... piedad! voy á gritar.

Ant. Sí!! maldicion! grita, grita, y tu marido vendrá á responderte...

Ade. Cielo santo!!!

Ant. Valor, Adela, valor... tu marido puede llegar de un momento á otro. Quién sabe? Sospechas tal vez... alguna carta anónima que le habrán escrito... ven, ven.

Ade. Sí... le habrán escrito... Infeliz! soy perdida. Oh! sálvame...

Ant. Es menester ante todas cosas evitar una primera entrevista...

Ade. Y luego...?

Ant. Luego... ya hallaremos algun medio de salir adelante... si fueras una de aquellas mugeres virtuosas que te insultaban esta noche, te diria: "Engáñale."

Ade. Ni aun ese recurso nos queda.

Ant. Ya lo ves, no hay para nosotros esperanza alguna quedándonos aqui. Pero mira, yo soy libre: á cualquier parte donde yo vaya me seguirán los medios que tengo de subsistir, y aun cuando llegaran á faltarme, yo sabré suplirlos con facilidad. Una silla de posta nos espera á la puerta. Adela, piensa en que no nos queda otro recurso. Yo te consagro para aqui y delante de Dios mi existencia, mi corazon: si lo aceptas, dilo, y entonces la España, la Italia, la Alemania nos ofrecen un asilo; te privo de tu familia, de tu patria; qué importa...? Yo seré para tí familia, y patria, y todo: mudando de nombre, nadie sabrá durante nuestra vida quiénes somos; nadie sabrá quiénes hemos sido despues de nuestra muerte. Viviremos aislados, solos en el mundo; tú serás mi hechizo, mi vida, mi cielo... no tendré mas voluntad que la tuya, mas felicidad que la de mi Adela... ven, ven, y seremos venturosos; olvidaremos á los demas para no acordarnos mas que de nosotros mismos.

Ade. Pues bien... voy á escribir á Clara.

Ant. Los instantes son preciosos.

Ade. Pero es menester que yo vea á mi hija... que la dé un último, un eterno á Dios...!

Ant. Sí, sí... vé.

Ade. Dios mio...!

Ant. Qué tienes?

Ade. Mi hija...! abondonar á mi hija...! para que recaiga un dia sobre ella la culpa de su madre. Infeliz ..! creerá presentarse al mundo pura é inocente, y se presentará deshonrada como su madre y por su madre.

Ant. Adela...!

Ade. No es verdad? Oh sí...! La mancha que cae sobre un nombre no se borra jamas... hija mia!

Ant. Pues bien, que venga con nosotros, y la amaré con la mayor ternura... como si fuera hija mia. Vamos, tráela, en qué piensas, por Dios...! Mira que va á venir...!

Ade. Triste de mí! á qué terrible estado me has reducido! y solo en tres meses! un hombre me confia su honor, su felicidad, su hija... una hija que adora... en quien funda todas sus esperanzas de consuelo para la ancianidad. Hace tres meses, vienes tú, se despierta el antiguo amor que nos tuvimos, y mancillo el nombre de mi esposo, destruyo su felicidad, y luego, como si todo esto no fuera bastante, le robo su hija adorada... y en recompensa del amor que me profesa le colmo de oprobio y de amargura... Antony, di la verdad, no es esto ser infame?

Ant. A qué te resuelves?

Ade. A quedarme.

Ant. Y cuando luego descubra todo?

Ade. Me matará!

Ant. Matarte! No, no... dime, segun eso tú no temes la muerte?

Ade. No; la muerte reune á los amantes...

Ant. La muerte los separa. Te parece que yo creo en tus ilusiones, Adela, y que sobre ellas vaya á aventurar lo poco que me queda de vida y de felicidad? No: quieres morir... pues bien, tambien yo quiero morir, pero no quiero que ni tú ni yo muramos solos. Oh! mil veces sea loado el cielo, que me dió una vida independiente, cuyo término no ha de costar ni una sola lágrima á ningun mortal...! que me ha hecho en la edad de la juventud y de las esperanzas agotar todas las sensaciones, y estar cansado de todas ellas! Un solo vínculo me enlazaba al mundo: si este se rompe, tambien yo quiero morir... pero contigo: quiero que en el mismo instante dejen de latir nuestros corazones, y que se confundan nuestros últimos suspiros. Entiendes? Quiero una muerte dulce como un sueño, una muerte mas feliz que to-

da nuestra vida. Y entonces, quién sabe...? acaso por compasion pondrán nuestros cadáveres en el mismo sepulcro.

Ade. Sí; la muerte contigo, la eternidad en tus brazos. Oh! esa sería para mí la felicidad suprema, si mi memoria pudiera perecer conmigo... Pero mi memoria, Antony, vivirá en el corazon de cuantos nos han conocido... y los hombres algun dia pedirán cuenta á mi hija de mi vida y de mi muerte, y la dirán: "Tu madre pensó que un nombre envilecido se lavaba con sangre, y se engañó, porque su nombre llevará eternamente el sello de la deshonra, y ese nombre es el tuyo... Creyó, muriendo, evitar su oprobio, y murió en los brazos del hombre á quien se lo debia." Infeliz! Y si quiere negarlo, levantarán la losa de nuestro sepulcro, y la dirán: "Míralos: ahí estan...!!!"

Ant. Ah! maldicion sobre mí!

Ade. Vete, Antony, vete: ya lo ves: te pierdes sin esperanza de salvarme: solo te ruego que te vayas: en nombre del cielo, vete: yo te lo ruego con lágrimas de mis ojos! (*Se arrodilla á sus pies.*)

Ant. No, Adela, no. Separarnos... jamas! Y si luego te perdonara? Haber cometido para poseerte rapto, violencia, adulterio, y temblar delante de un nuevo crímen para conservarte! No, no: es menester que me sigas; y si no lo haces voluntariamente, lo harás por fuerza! (*Se la lleva.*)

Ade. Ah!

Ant. Gritos y lágrimas, todo es en vano.

Ade. Mi hija!

Ant. Qué me importa tu hija? Ven, ven!

(*Cuando van á salir se oyen golpes en la puerta de la calle.*)

Ade. (*Desasiéndose.*) El es! Dios mio, ten compasion de mí!

Ant. (*Dejándola.*) Todo se acabó! Sea!

Ade. Ya suben la escalera. El es: vete.

Ant. (*Cierra la puerta con llave.*) Ya he dicho que no quiero irme! Mira, Adela, hace un momento

me dijiste que no temias la muerte. (*Con frialdad.*)

Ade. Y lo digo. Mátame, yo te lo ruego.

Ant. Que no temerias una muerte que dejase pura tu reputacion y la de tu hija.

Ade. Sí, sí, mátame!

Una voz desde dentro.-Abrir; echar la puerta al suelo!

Ant. Y al exhalar el último suspiro no aborrecerias á tu asesino?

Ade. Le bendeciria... yo te lo juro: que viene!

Ant. No temas: la muerte estará aqui antes que tu marido. Adela, piensa en la muerte!

Ade. Oh! dámela, por amor de Dios!

(*Se echa en sus brazos, y él la da un beso en la frente.*)

Ant. Pues bien, muere! (*La clava el puñal.*)

Ade. Ah! (*Cae en sus brazos.*)

(*Al mismo tiempo cae desplomada la puerta del foro, y entra el coronel de Hervey, seguido de algunos criados.*)

ESCENA II.

LOS DICHOS.

Her. Infame! qué veo? Adela!

Ant. Muerta, sí! Me resistió, y la he asesinado...!!

(*Arroja el puñal á los pies del coronel.*)

FIN.

Se vende en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, donde se encuentran las nuevas publicaciones siguientes.*



Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y 10 en pasta.

Fígaro: coleccion de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, por Don Mariano José de Larra: tres tomos, su precio á 42 rs. en rústica y 48 en pasta.

Panorama matritense: cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante: dos tomos en 8.º marquilla con cuatro bellas láminas, su precio 40 rs. en rústica y 46 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno, cuyos títulos espresan los catálogos que se dan gratis en la indicada librería á los sugetos que gusten adquirirlos.

Sátiras de Fígaro y de varios autores.

Derecho Real de España por Alvarez, dos tomos en 4.º á 44 rs. en rústica, 52 en pasta, y 46 en un tomo tambien en pasta.